DE PATERAS Y CAÑONERAS

Jesús Campos García

Para mandar cómodamente, no hay nada tan útil como el pensamiento único; ya lo decían los Reyes Católicos, y el que no, a la calle. Expulsión era lo que se llevaba entonces, pero hay otros modos de trabajarse la uniformidad. Lo más de lo más es imponer las creencias, la escala de valores, y ya puestos, los ocios, aunque en la historia del mandoneo no sólo hubo guerra santa y conversión de infieles; también se dio mucho la apropiación y el préstamo. Roma, sin ir más lejos, podría ser el paradigma de este tipo de cambalaches. Helénica o cristiana, siempre supo imponer una visión del mundo, y no precisamente la suya; que al imperio le daba igual clonarlos en Zeus o clonarlos en Cristo, siempre que se salvaguardara la unidad del poder, del ideario y del beneficio, que lo demás son filfas.

Curioso, cuanto menos, que haya sido en pleno fervor democrático —sistema que se asienta en el respeto a las minorías, y en consecuencia, a la diversidad— cuando se haya expresado con mayor claridad la apetencia —que enuncian como realidad, por si colara— del pensamiento único. Y paso por alto la naturaleza «helénica» o «cristiana» de la clonación, que las hamburgueserías venderían bocadillos de jamón y Hollywood pondría de moda la canción española si ese fuera el camino del uno, grande y libre que entraña todo imperio. Y sin complejos, los usos y costumbres —léase corrientes culturales— son las nuevas cañoneras —no las únicas, pero sí las más fotogénicas—, y poco importa el cómo si se consigue el qué.

Hasta aquí, nada nuevo, que esto de la «cultura imperante» es cuestión más que sabida, a la que los heterodoxos de todo tiempo y lugar supieron dar respuesta con su insobornable diversidad. Otra cuestión, ya, es el desembarco, junto a las cañoneras, de la cultura emigrante y a la que, por continuar el símil marinero, habría que llamar de las pateras. Múltiples visiones del mundo, y esto sí es una realidad, llegan hasta nosotros empujadas por la necesidad —la suya y la nuestra—, y ese potente flujo migratorio se evidencia como un factor determinante de lo que serán en el futuro nuestros usos y costumbres. Dos frentes, pues, de penetración cultural, aunque conviene matizar.

Frente a la cinematografía imperial, por hacer referencia al buque insignia, muchos países europeos comienzan a establecer estrategias para salvaguardar su identidad. Un sentimiento nacionalista que hay que interpretar como defensa de lo propio, por más que algunos lo confundan con el rechazo a lo ajeno, ignorando que cultura es impureza, fusión y mestizaje, y, en consecuencia, diversidad. Claro que siempre cabe preguntarse si esta exaltación de la promiscuidad cultural no será otra estrategia para conseguir el pensamiento único a fuerza de batidora. Nos falta un término medio entre el rechazo y la integración. Y no hablo de tolerancia porque, ¿qué es lo que tenemos que tolerar? ¿No sería más lógico hablar de convivencia? Disfrutar de lo ajeno.

Vivir inmersos en una sociedad mediática en la que política, consigna y eslogan vienen a ser lo mismo simplifica el discurso a tal extremo que es difícil para el ciudadano de a pie distinguir qué es lo que conviene recibir y contra qué se debe andar prevenido. Para mí, tengo claro que hay que escucharlo todo sin tener muy en cuenta en qué embarcación llega; que en este río revuelto, a saber si somos peces o pescadores. Lo que no significa que escuchar sea obedecer, ni que tengamos que fusionarnos cueste lo que cueste. La fusión puede ser la consecuencia, nunca el propósito; de ahí que deberíamos olvidarnos de lo políticamente correcto y convivir con las culturas, al margen de los intentos unificadores (impositivos o taimados), con los que sólo se pretende favorecer la gobernabilidad.

Sea como fuere, lo que está al margen de toda duda es que, inmersos en un fenómeno social que sabemos determinante para el futuro de la Humanidad, y que tanto nos concierne en lo inmediato, nuestra expresión artística lo ignora por completo, y en lo que nos atañe —véase la cartelera—, lo suplanta con las reflexiones de la vagina o las habilidades del pene, hitos de nuestro teatro en el cambio de milenio, junto a las monumentales apuestas glamurosas por el teatro de repertorio (Otelo por negrazo, podría dar el pego), que, teniendo valores incuestionables, no dan respuesta a según qué cuestiones con según qué matices. Dos alternativas, pues, que vienen a corroborar el abismo existente entre nuestro teatro y la realidad.

Hemos de ver —o tal vez lo vean otros— grandes transformaciones cuyo origen no siempre estará en el avance de la tecnología imperial, sino en el encuentro de muy distintas visiones del mundo. Un futuro que habrá que afrontar sin pleitesía con la cañonera, ni paternalismo con la patera; que ante las grandes cuestiones que nos acucian como humanos, todos estamos en pie de igualdad, y en consecuencia, todas las miradas son valiosas. ■